

P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



VALENCIA

NÚM. 42

HOLA DE NUEVO



PRIMERA LECCIÓN

Bettie Pathway

Así, tan menuda, eres perfecta:
apenas requieres espacio
y todos te miramos desde arriba
sin sentir amenazada nuestra altura.
Pero crecerás, ocuparás un hueco
y seguramente eso al mundo le moleste.
Cuestionarán tu imagen, tu tamaño,
los pasos que des y tu presencia.
¡Ay! Cuando alces tu voz clara
para pedir, para negar, para ser tú...
Los nostálgicos de ciertos silencios
dirán que ahora gritas demasiado
y los que no quieren escuchar
que no dices más que tonterías.
No cedas: desde el primer momento
defiende cada centímetro cúbico,
cada decibelio, cada idea,
cada una de tus acciones.
Que nadie intente devolverte
a ese tiempo en el que no estorbaba

EL FIEL AMIGO DE KAFKA

Graciela de Mary

Gregor Samsa se atragantó con un trozo de tarta de ciruela mientras leía el diario. Zorka Buranek, la crítica literaria más prestigiosa de Praga, había escrito que "La metamorfosis" era un texto sin sentido; agregaba además que era un plagio. Gregor no iba a permitir que el mayor secreto de la literatura universal se revelara sin más. Salió de la pensión en la ciudad de Tábor maldiciendo todo el camino, sin desayunar ni tomar siquiera un café. Samsa había conocido a Franz Kafka en uno de sus numerosos viajes en tren, cuando trabajaba como comerciante de telas. Ambos congeniaron en seguida. Tenían en común un recelo amargo, apenas asumido, hacia sus padres. Cuando Gregor entró en confianza le contó una pesadilla recurrente que lo estaba empujando a

la locura: una mañana, al despertar, sentía su cuerpo deformado de tal modo que no podía moverse. Se había convertido en un insecto descomunal. Sin embargo, su nueva condición lo eximía por completo de mantener a su indolente familia. Kafka tomaba notas. —¿No le importa, verdad? —Por supuesto que no, estimado Franz. Durante ese viaje en tren y en otros encuentros posteriores, el viajante contaba con amargura los sacrificios que debía realizar para mantener a los suyos. El recuerdo de las humillaciones a las que debía someterse lo hacía llorar con frecuencia. El escritor apoyaba su mano en el hombro de Gregor y expresaba opiniones claras y definitivas sobre la situación. —¿Por qué no huye?

REALIDAD AUMENTADA

Sonia Pina

El hueco de la puerta ofrece escaso refugio frente al chaparrón que está cayendo, pero, aún así, varios viandantes nos arremolinamos allí a esperar que escampe.

El grupo está formado por dos capuchas, un gorro de plástico y cuatro paraguas. El más grande de ellos, a cuadros rojos y azules, toma el rol de informador, saliendo si es necesario del grupo para divisar el estado de la tormenta y sus efectos sobre la calzada.

La capucha negra pretende encenderse un cigarro, acción que es reprimida a gritos por el gorro de plástico con el apoyo de la mayoría.

Un paraguas plegable, torcido y viejo, exclama continuos "ay" y "maedéu". La capucha verde parece divertirse y graba con el móvil el río en el que se ha convertido la acera.

Entre el paraguas negro y yo construimos una pequeña protección para el gorro de plástico, que anda ya empapado.

Pasa corriendo una bolsa de supermercado dando saltos entre los charcos; la capucha verde la graba, riendo, y envía el vídeo a un amigo.

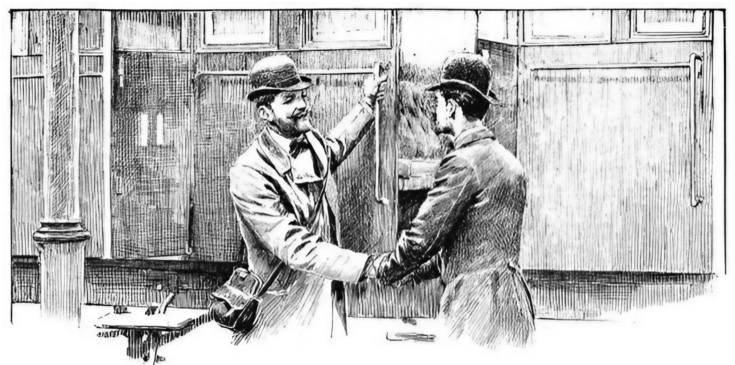
"¡Maedéu!", exclama el paraguas plegable.

Transcurren varios minutos hasta que, de repente, la manta de agua se convierte en una lluvia ligera; el grupo se desintegra rápidamente en varias direcciones. Parece que el sol quiere salir.



Era lo que Samsa necesitaba escuchar. ¡Por fin había encontrado un amigo! Ambos pergeñaron un plan para que Gregor simulara ataques de locura. "Ya verán, tendrán que echarme y entonces..." En pocas semanas los desmanes que produjo en el hogar provocaron que su padre lo pusiera de patitas en la calle: simuló borracheras, golpeó a la criada, destruyó a mazazos el violín de su hermana Grete. Nada de eso hubiera sido

posible sin el respaldo de Franz Kafka. A cambio, el viajante le describió con gusto los detalles de su pesadilla para que el escritor, que estaba sumido en una depresión oscura, comenzara a escribir el borrador de su novela. Gregor estaba agradecido. Había comenzado una vida nueva en Tábor, una pequeña ciudad al sur de Praga. No iba a permitir que nadie, y mucho menos una mujer que presumía de un criterio



insobornable, arruinara la reputación de su amigo. Viajó a la capital con el mayor sigilo y estuvo acechando la redacción del diario durante una semana. Anotaba en una libreta los horarios de los reporteros, las entradas y salidas de los proveedores y, sobre todo, los horarios de Zorka. Ella era una mujer dura. Se había ganado su lugar desafiando los mandatos de la época. Trabajaba con empeño y era la última en irse de la redacción. Una noche Gregor Samsa la siguió. Cuando ella estaba llegando al edificio en el que vivía, a escasos metros de la Columna de la Peste, él le cortó el paso. La mujer, lejos de amedrentarse, lo increpó.

—Salga de mi camino.

—¿Por qué quiere destruir a Franz Kafka?

Zorka sintió alivio. Había creído que se enfrentaba a un ladrón.

—Mis fuentes sostienen que “La metamorfosis”, además de ser un texto repulsivo, no es obra de Kafka. ¡Déjeme pasar!

—Debe retractarse, señora.

—De ninguna manera —dijo la mujer. Luego lo esquivó y siguió caminando erguida.

Gregor se acercó, sacó de su bolsillo un pequeño revolver, apoyó el caño en la nuca de Zorka y disparó. Ella sintió un ardor en la base del cráneo que fue avanzando de manera concéntrica. La onda expansiva desplazaba los fluidos del cerebro, nublándole los sentidos. La bala se abría paso sin dificultad por la materia esponjosa y palpitante. La mujer se dio vuelta y miró, incrédula, a su asesino. Comenzó a sangrar por la nariz y se aferró a las solapas del abrigo de Samsa. Vomitó una sustancia sanguinolenta sobre su pecho. Gregor estaba inmóvil, sensibilizado por la entereza de aquella mujer que se negaba a morir. Pensó en pegarle el tiro de gracia en la frente pero no fue necesario. Las manos de Zorka Buranek se aflojaron y su cuerpo se deslizó rozando el torso de su victimario hasta quedar tendido boca abajo sobre los adoquines húmedos. Gregor dio un paso atrás y

miró en torno buscando posibles testigos. Esa parte de la ciudad estaba desierta. Se deshizo de su abrigo y se dirigió a la estación. Abordó el último tren del día hasta su refugio en Tábor. La policía estaba frente a un verdadero dilema. Sospechaban de Franz Kafka, porque después de todo la periodista había echado a perder su prestigio, pero no tenían la menor prueba y además los antecedentes y la conducta del escritor eran intachables. De todas formas, Gregor no podía permitir que ninguna duda, por remota que fuera, perjudicara al mentor de su libertad. La antigua pesadilla volvía noche a noche, pero ahora Gregor, arrojado a la condición de insecto abominable, se arrastraba por las calles y devoraba los despojos de Zorka. Samsa ya no soportaba la luz del sol. No se alimentaba y estaban a punto de echarlo de la pensión. Al borde de la locura, se presentó ante las autoridades aduciendo ser el amante desechado de Zorka. Inventó una oscura historia

de traiciones y celos y confesó su crimen. Mientras estuvo preso, ni su familia ni Franz lo visitaron. Por las noches, las cucarachas emergían del desagüe de la celda y recorrían el piso en busca de algún mendrugo. Subían a su camastro. Infectaban las cobijas. Se arremolinaban en las oquedades del cuerpo de Gregor quien permanecía extraviado, ajeno al festín de los insectos. El juicio fue muy breve y la orden de ejecución se llevó a cabo con el beneplácito de la opinión pública. Sin perder tiempo, los padres y la hermana de Gregor se mudaron a otra casa y empezaron de nuevo su vida como si él jamás hubiera existido.

TERCER ACTO

Gabriel Ramos

En la maleta, media hora después de que terminó el espectáculo, el muñeco del ventrílocuo seguía burlándose del público.

MORDIENDO EL BOZAL

Rosario Murphy

Porque a ti no te pasa lo que a mi me pasa contigo,
El corazón que late a mil, con la razón de que me respire al oído
[tus canciones.

Como una ola de percepciones opuestas,
O de predicciones dispuestas a una relación sin condiciones.
El vago sentido de sentirse herido por la poca reciprocidad,
combinado con la hipersensibilidad de tu boca y la mía.A
marrando todos mis sentimientos a un cercado,
Cerca de donde cenamos por última vez.B
buscando respuestas.

SEÍSMO

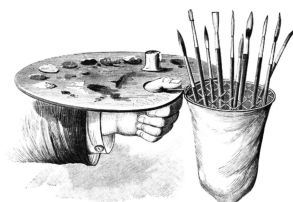
Javier Aparisi

Agachado, con las manos en la cabeza y debajo de una mesa. Tal y como le habían enseñado a Matías en el colegio. Sus padres de pie, con las manos en alto y escupiéndose el uno al otro palabras llenas de veneno. Cada noche llegaba el mismo seísmo.

COLORES MUERTOS

Ygnacio Moreno

Toma el pincel y la paleta. Piensa mientras mira el lienzo limpio. Empieza con azul, color de la bicicleta de su hermano menor. Ahora toma el gris, la avenida por la que siempre paseaban. Se detiene. Coge el verde, el semáforo que le indica avanzar. Pinta con anaranjado, la camiseta de su hermano, que se adelanta siempre a él. Y ahora rojo, rojo por encima de todos.





SOMOS AVENTURA

Más información en

<https://magnificaeditorial.com/>

EL GENERAL MEJÍA

Alejandro Barrón

Todas las mañanas empujo religiosamente al abuelo en su silla de ruedas, rumbo al parque. Lo cubro con un velo negro para que no le dé directamente la luz del sol. La gente, sobre todo la gente mayor, se acerca y toca su mano derecha, diciéndole en voz baja: "Que Dios lo bendiga, mi general". En el barrio es muy respetado, todos se quitan el sombrero a su paso. A veces los adultos dicen a los niños: "Mira, ahí va un hombre de armas tomar". Mi abuelo no dice nada, es gente muy modesta, nacido en la pobreza, en la vida se abrió paso a base de méritos, nunca se creyó superior a nadie, aun cuando fue uno de los generales preferidos del emperador y lo acompañó hasta los últimos momentos de su triste imperio.

La ciudad no es la misma. A veces dejo unas cuantas monedas en el altar a la Santa Muerte que está en la esquina de nuestra calle, el abuelo siempre fue muy respetuoso de *La Blanca*, y agradecido a su manera de que no se le cruzara en el campo de batalla. Por las tardes vemos algunos programas en la tv. No le gusta el fútbol, prefiere ver las noticias o alguna película a blanco y negro. Aunque él nunca lo aceptará, lo que más le gusta es mantenerse a un lado de la radio y escuchar durante horas los boleros de Los Panchos. Es muy callado el hombre, seguro que a diario se acuerda de la emperatriz, mujer sumamente hermosa, según me he enterado, que terminó sus días confinada en un castillito a las afueras de Bruselas, loca de amor, sumida para siempre en sus delirios de gloria, llorando su gran pérdida. Alguna vez nos envió una postal, pero nada más.

Los helicópteros pasan zumbando. Mi abuelo no teme a los temblores, siempre dice que ha pasado por cosas peores que esos *zangoloteos*. A diario es lo mismo: el paseo, las noticias en la tv y los boleros en la radio. A diario miro el buzón o espero a un lado del teléfono, pero no, nunca llega la autorización oficial para poder sepultar al general, héroe de mil batallas; condenado a seguir vagando en un mundo al que ya no pertenece, acusado por alta traición, pero de traidor nada. Su mirada es firme y serena, aunque marchita, lleva el orgullo como única divisa. —Hoy tampoco habrá Rotonda de las Personas Ilustres, abuelo. —le digo al acostarlo. Apago la radio, pero muy pronto me dice: —No, déjala encendida. Y así hasta el día siguiente.

RUTINA

Veronika Mortissandi

Hoy me tragó un hipopótamo.
Estaba sentada
abstraída
juntando migajas
con las yemas de mis dedos
Y, de un momento a otro,
se hundieron las patas de la silla.
El piso flotante
ya no flotaba
ni era piso
o madera.
Agua marrón
de río
subía hasta mis rodillas
y podían oírse los zancudos
revoloteando alrededor.
Me dejé caer hacia atrás
por puro vértigo,
y, en medio un bostezo
rosado, lustroso y maloliente,
un hipopótamo me tragó.

PRONÓSTICO DEL TIEMPO

Ana Tomás

Al señor López se le desprendió una oreja una mañana muy temprano. Al levantarse de la cama estaba ahí, pegada a la almohada, más parecida a un pétalo deshojado que a una oreja. La cogió suavemente e intentó colocarla en su sitio, pero no vio manera,

así que la metió en un bolsillo y se fue a urgencias, donde no pudieron hacer nada porque se les acabó el hilo de bramante cosiéndole una pierna a un muchacho que había llegado primero; de todos modos el médico, muy atento, le recomendó que fuera a un

zapatero que había tres calles más abajo, que daba puntadas tan buenas que las dejaba invisibles. El zapatero se echó las manos a la cabeza porque solo trabajaba con piel ya curtida y, sobre todo, con zapatos; que eso era cosa de costurera o, incluso, como último recurso, una buena soldadura. Pues ni lo uno ni lo otro, así que el señor López volvió a casa y echó la oreja a una sartén, la cocinó con un poco de cebolla y tomate y se la comió sobre una hermosa rebanada de pan tostado, abrió el periódico por la sección del tiempo e hizo un mohín al ver la previsión. Por la tarde salió a pasear, para tomar un poco de aire fresco y se acostó a las nueve, como siempre. Al día siguiente nevó.



PRECAVIDO

Santiago Eximeno



—¡Hombre, Antonio! —dice Matías, y me abraza—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? ¿Qué es de tu vida?

Matías me ha abordado en mitad de la calle. Dos ancianos abrazados como niños, me siento abochornado.

—¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos? —dice.

No lo sé. Treinta, quizá más. Y este recuerdo envejecido me abraza otra vez, y durante un instante, solo un instante, justo antes de que nos despidamos con la idea de no volver a vernos jamás, siento la necesidad de contarle todo. De decirle que voy camino del tanatorio. Que he salido un momento para tomar un café en un bar cercano. Que he llorado y vuelvo para despedirme de mi mujer, la que fue novia de Matías en el instituto.

Pero no digo nada.

No quiero estropear nuestra amistad.

ASEDIO

Paola Tena



Érase una vez una mujer tan colosal que con los dedos de los pies se aferraba al centro mismo de la Tierra, y la curva de sus caderas delimitaba cordilleras infranqueables. El hueco de su ombligo era un valle prodigioso de donde brotaban árboles de frutos exóticos, y sus senos, montes en los que se perdía cualquiera que se arriesgara a adentrarse en su territorio. Sus cabellos negros ocultaban al sol para inventar las noches, y cuando lloraba, los ríos de su tristeza arrasaban con todo a su paso. Hace mucho que retiré mis tropas y renuncié al asedio, pero aún me sumerjo en la laguna glacial de sus ojos azules cada vez que tengo la fortuna —o la desgracia, ya no sé— de que esa mujer inconquistable me mire.

Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a revistapapenfuss@gmail.com

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

www.papenfusslarevista.wordpress.com



Bettie Pathway



Sonia Pina



Graciela De Mary



Gabriel Ramos



Rosario Murphy



Javier Aparisi



Ygnacio Moreno



Alejandro Barrón



Verónica Mortissandi



Ana Tomás



Santiago Eximeno



Paola Tena



Sra. Belmutz



Carlos Sáez



Ana Vidal



J. M. Sánchez



Towanda



Miguelángel Flores



@astroenside



PAPERFUSS

LOS CÓDIGOS QR OS LLEVAN A LOS BLOGS, REDES SOCIALES, NEWSLETTER, VENTA DE EJEMPLARES Y DEMÁS DE LOS AUTORES Y AUTORAS PUBLICADAS.

ELLOS Y ELLAS NOS PRESTAN SUS CREACIONES LIBREMENTE, Y CREEMOS QUE DEBEMOS DARLES NUESTRO APOYO. PÁSATE POR ELLOS Y ÉCHALES UNA MANO

IMAGINARIA

Ana Vidal

Me lo inventé todo. Primero mi fecha de nacimiento. Una mañana fría aparecí en el domicilio de mis imaginados padres, en una canastilla junto a su cama y a ellos pareció no importarles, como si me esperaran desde hacía tiempo. Me inventé una dirección en el barrio más pijo de la ciudad, un colegio y unas amigas morenas, para que mi melena pelirroja no pasara desapercibida. Más adelante me inventé muchos novios, a medida que me aburrían los cambiaba y equivocaba sus nombres. Me inventé varios trabajos, en una multinacional, en un banco, de cocinera en el restaurante de moda y en una tienda de discos punk. Inventé teléfonos a los que nunca llamaba nadie o que no paraban de sonar, según el día. Inventé una familia nueva, unos hijos rubios, un coche familiar y un deportivo para ir al gimnasio. Inventé mil contraseñas con las palabras que más significaban para mí: alabastro, inmóvil, ciempiés, vertedero, endecasílabo. Lo olvidé todo. Cada día.

PARA NIÑAS ESPECIALES

Towanda

Visitar su taller era la fantasía de cualquier niña del parque, pero él me había elegido a mí. En lugar de sacarme una chocolatina de la oreja, como a las demás, me entregó un papel arrugado en el que había escrito que yo era la ganadora. Aunque me moría de ganas por contárselo a mis amigas, dijo que ese sería nuestro secreto.

Al llegar, me desilusioné un poco. Aquel sitio parecía cualquier cosa menos un taller de magia. Vale que había un hombre de hojalata, pero ni capas, ni varitas, ni chisteras. Ni siquiera una paloma. Iba a marcharme cuando levantó una tela y lo descubrió. Frente a mis ojos, el baúl mágico que me 'teletransportaría' a Oz,

SE APLAZA EL APOCALIPSIS

J. M. Sánchez

Con los humanos como atracción estelar, el planeta merecía el apocalipsis, pero, acuciados por la improvisación y lo absurdo del proyecto, les dieron un plazo mientras los asnos se entrenaban con las trompetas, cosa que no parecía faena sencilla, y así la humanidad se entregó a la molice, los borricos al solfeo y el mundo a girar eternamente, ajeno a los funestos planes que los dioses habían urdido y que no veían cómo aplicar según el libro. En la corte celestial todos miraban al jefe con rencor por sus decisiones, por su imagen y por su semejanza.



repleto de chucherías, vestidos 'Dorothy' y fotos de niñas: antiguas pasajeras, supuse. Dijo que únicamente funcionaba con niñas especiales, por lo que debía permanecer muy callada cuando comenzara a moverse. Y dormirme sin rechistar porque el viaje era largo.

Estoy contentísima esperando aquí dentro, aunque me hubiera gustado poder despedirme de mamá para demostrarle que no eran cuentos chinos, que la magia existe de verdad.



ALAS

Miguelángel Flores

Incluido en el libro "De dolor carmesí" - Ed. Bululú

En un rastrillo de fulares, sueños arrinconados, brazaletes y riesgos sin usar, se compró unas alas de segunda mano en muy buen estado. Convencida de que con ellas podría volar, subió a la azotea de unos grandes almacenes y, ante una asombrada clientela que tomaba café y suizos con nata, saltó al vacío. Tras instantes de incertidumbre, comenzó a planear con tal gracia, que la terraza entera rompió a aplaudir.

Cuando, al sobrevolar su calle, el marido la descubrió surcando los cielos, le gritó desde abajo, con el puño arriba, que si estaba loca, que cómo se le ocurría y que volviera ahora mismo al suelo. A ella, que del mismo sobresalto perdió impulso haciéndole caer en picado, su instinto de supervivencia, desarrolladísimo a esas alturas, le hizo agitar con enorme brío las extremidades, descubriendo que sorprendentemente las alas habían enraizado en sus omoplatos. Por lo que, justo antes de llegar a tocar tierra, el mundo pudo ver cómo, con un bello quiebro, remontaba el vuelo. Y hasta ahora.



ELLA

@astroenside



Resplandores lejanos. Un enjambre de sirenas rasga el silencio, ensangrentando en sombras la noche. Un grito se abre paso. "¡Corre, mi pequeña, corre, no te detengas, al refugio!". "No pasa nada mamá, se me ha caído mi cuento, espera." Se desgarran una voz. "¡No sueltes mi mano, no la sueltes!" Una marea

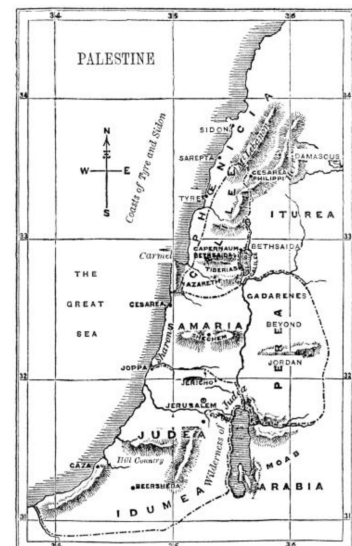
de manos, un incontrolable muro de piernas, de caras sin rostro la arrastra. Una explosión. "No llores, mami, mira, ya lo tengo..."

Sentada, se mira las manos nudosas. Aferradas como una garra al libro, las pastas salpicadas de manchas negras. Todo su cuerpo tiembla, o tiemblan las paredes. Se balancea. "No llores, mami, mira, ya lo tengo..."

"¡Putá vieja! ¡Todos los días sentada en el puto banco, te vamos a sacar de ahí a patadas!". Dos adolescentes la cosen a golpes. "¡Dame el mechero, préndelo, préndelo!"

"Anciana asesinada en un parque".

Una anciana fue hallada muerta en un parque de la ciudad anoche. Los primeros indicios apuntan a que fue brutalmente golpeada y le prendieron fuego. Vecinos la identifican como una refugiada de guerra, que se pasaba el día en el mismo banco del parque. Junto a ella se encontró un gastado libro infantil.



F I N I S